

IDILIO XXII.

A la nariz, en fin, el rudo puño  
 Asesta, al verlo ya de aliento falto;  
 Entre las cejas hiérela, y la frente  
 Desgarra toda, descubriendo el cráneo.

Sobre la verde yerba cae supino  
 Acometido de letal desmayo  
 El descortés atleta; mas de nuevo  
 En pié se pone con furioso salto.

Con más furor enciéndese el combate  
 Y con los cestos se laceran ambos;  
 Mas al centro del pecho, ó bien afuera  
 De la cerviz, sus ímpetus y amagos

El jefe de los Bébrices dirige,  
 Mientras Pólux la faz de su contrario  
 Con fieras contusiones desfigura,  
 Que no yerran jamás sus puñetazos.

Pierde el sudor á mares de tal modo  
 Que de gigante aquel, tórnase enano,  
 Mientras al héroe la color mejora  
 Y el cuerpo robustece tal trabajo.

Cómo, por fin, sobre el voraz coloso  
 Fué del hijo de Jove el triunfo fausto  
 ¡Oh Musa! dílo tú. Soy eco ajeno  
 Y haré como á tí plegue mi relato.

IDILIO XXII.

Un esfuerzo supremo y decisivo  
 Hacer queriendo, con la izquierda mano  
 Ase Amico de Pólux la siniestra  
 Y el choque de éste evita de soslayo.

Con la diestra feroz sobre él se arroja  
 Del derecho costado alzando el ancho  
 Brazo de hierro; y ¡ay del Rey de Amicla  
 Si lo llega á alcanzar el golpe infando!

Mas éste lo esquivó, de la cabeza  
 Con movimiento diestro al par que raudo,  
 Y en la siniestra sien al otro hiriendo  
 Le saltó sobre el hombro y espinazo.

Y mientras negra sangre corrompida  
 Le brota de la sien hecha pedazos,  
 En la boca recibe nuevos golpes  
 Y rechinan los dientes quebrantados.

Y más y más lo acosa su enemigo,  
 Y su lívida faz destroza tanto,  
 Que polvo hace los huesos, y la carne  
 De las quijadas cuélgale en retazos.

Cayó por fin; y próximo á la muerte  
 Vencido confesándose, las manos  
 Juntas hácia tí tiende, y tú ¡gran Pólux!  
 No le haces vencedor ultraje ó daño.

IDILIO XXII.

A su padre Neptuno, de los mares  
Llamó el rendido; y juramento santo  
Hizo de nunca más al pasajero  
Descortés injuriar con rudo trato.

Ya, Señor, te canté.—Tus alabanzas  
Empiezo, hijo de Tíndaro, gran Cástor,  
Veloz cabalgador, guerrero invicto  
Y de coraza refulgente armado.

Los dos hijos de Jove, de Leucipo<sup>12</sup>  
A las dos hijas, tras violento rapto  
Llevaban. Persiguiéndolos veloces  
Tras ellos caminaban los hermanos

Linceo é Idas el fuerte, de Afareo  
Hijos, y esposos prometidos ambos  
De las robadas vírgenes. Apénas  
Llegan al monumento funerario

Del difunto Afareo, á un tiempo todos  
Bajan, para atacarse, de los carros,  
Asidos á sus lanzas y broqueles,  
Y así clama Lincéo dentro el casco:

“¿Por qué nos provocais á la contienda  
Y por ajenas novias ¡desdichados!  
La espada desnudais? Ved que sus hijas  
Nos prometió Leucipo muchos años

IDILIO XXII.

“Antes que os conociera; y su promesa  
Confirmó juramento sacrosanto.  
De vuestro honor en mengua, tras esposas  
Corriendo, y tras riquezas y rebaños

“Que pertenecen á otros, con presentes  
Comprasteis las doncellas al anciano.  
Mil veces os lo dije cara á cara  
A ambos á dos, aunque en hablar soy parco:

“Amigos: no conviene á gente noble  
“De vírgenes pedir la blanca mano  
“A otros ya prometida. Ancha es Esparta  
“De Elide ecuestre<sup>13</sup> el territorio es vasto.

“Grande es Arcadia, y en manadas rica,  
“Y de Mesene, y de la Acaya, y de Argos  
“Extensas las ciudades; é igualmente  
“El litoral Sisifio muy poblado.

“Allí superabundan las doncellas  
“Crecidas de sus padres al amparo,  
“Que ni de índole son desagradable  
“Ni de saber ó de talento escaso.

“Vuestra será la que quisiéreis: todos  
“Aspiran á tener yernos preclaros  
“Y á vosotros no puede ningun héroe  
“En linaje ni hazañas igualárseos.

IDILIO XXII.

“Mas no estorbeis, amigos, nuestras bodas,  
 “Que conseguiros otras os juramos.”—  
 Esto y más os decia; mas las auras  
 Al piélagos mis ruegos se llevaron,

“Y el favor nos negasteis. De crueles  
 No en balde teneis fama y de inhumanos.  
 Ceded siquiera ahora; pues de parte  
 De padre somos primos inmediatos.

“Mas si en lidiar os empeñais, y en sangre  
 Es menester lavar nuestros agravios,  
 Idas al ménos de luchar se abstenga  
 Y Pólux, mi valiente primo-hermano.

“Cástor y yo, que somos los menores  
 De edad, en duelo singular salgamos  
 A cruzar las espadas. No dejemos  
 A nuestros viejos padres luto tanto.

“Basta un cadáver por familia: queden  
 Los otros á templar el lloro amargo  
 De los deudos y amigos; y á las niñas  
 En vez de los difuntos, dén la mano

Los dos que sobrevivan al combate.  
 Así terminará con poco daño  
 Esta fatal contienda, que amenaza  
 Acarrearnos hórridos estragos.”

IDILIO XXII.

Tal su discurso fué: la Providencia  
 No quiso que sus ruegos fueran vanos,  
 Y en la tierra sus bélicos arneses  
 Los hermanos mayores descargaron.

Tras el broquel la ponderosa lanza  
 Blandiendo, vino en medio del estadio  
 Lincéo; y llegó al centro, al par moviendo  
 Su robusto lanzon, Cástor gallardo.

El viento al avanzar les agitaba  
 Encima de los yelmos los penachos;  
 Y al empezar la lid, los campeones  
 De la frente á las plantas se miraron.

Y con las lanzas fueron sin herirse  
 Reconociendo, á ver si algun espacio  
 De los cuerpos, dejaba la armadura  
 Mal defendido y fácil al asalto.

A los primeros choques, las agudas  
 Puntas de los lanzones se estrellaron  
 En los fuertes escudos, y cayeron  
 Las astas y el acero hechos pedazos.

La pugna sin dejar un solo instante,  
 Las espadas los dos desenvainaron  
 Ardiendo de furor; y al ancho escudo  
 Y al emplumado almete, muchos tajos

IDILIO XXII.

Dirigió Cástor; y Lincéo muchos  
Al broquel asestó de su adversario:  
Mas tocó solo la acerada punta  
La roja cresta del bruñido casco.

Tiró por fin á la rodilla izquierda  
El estoque con ímpetu; mas Cástor  
Retiró el pié ligero, y de un fendiente  
Tronchó la diestra al adalid incauto.

Cayó la espada en tierra: y el herido  
Al paterno sepulcro, dó sentado  
Presenciaba la lucha Idas valiente  
Huyó, refugio en su dolor buscando.

Tindárides de cerca le seguía,  
Y entre el pecho y el vientre clavó el ancho  
Estoque furibundo, las entrañas  
En el seno el acero destrozando.

Cayó tendido el mísero Lincéo  
Y sueño eterno le cerró los párpados.  
Mas ¡ay! á su otro hijo Laocoosa  
Libre tornar al maternal regazo

Nunca verá, ni el deseado enlace  
Entre los suyos contraer ufano.  
Varias columnas de precioso jaspe  
Ornaban de Afaréó el epitafio:

IDILIO XXII.

Una arrancó veloz Idas Mesenio  
Para vengar la muerte de su hermano  
Al matador lanzándola; mas Jove  
Le dió socorro, y el pulido mármol

Haciéndolo soltar, al atrevido  
Tornó cenizas con su ardiente rayo.  
Luchar con los Tindárides no es fácil:  
Son fuertes, y de fuertes engendrados.

¡Salud, Hijos de Leda! A nuestros versos  
No desdeñeis mandar fama y aplausos.  
A los hijos de Tíndaro, ya á Helena,  
Ya á los héroes que al rubio Menelao

En el sitio de Troya socorrieron,  
Han sido siempre los poetas gratos.  
A vosotros ¡oh Reyes! gloria eterna  
Os dió el divino Homero, celebrando

La Ciudad Priamea, las batallas  
Frente á sus muros, y las griegas naos,  
Y á Aquiles, en la guerra baluarte.  
A vuestras plantas yo tambien os traigo

De las canoras Musas los presentes  
Que otorgarme se dignan, y yo abarco  
En mi humilde mansion. Para los Dioses  
El honor más acepto es siempre el canto.